# Me apetecen tus labios

Neri Luz

Image not found.

# Capítulo 1

**Capítulo 1**

La peor pesadilla
sería perderte en el universo
sin poder diferenciarte entre las estrellas.

Desperté, como cada mañana, en mi camita. Sola de nuevo, porque mi marido se levanta temprano para cumplir con su trabajo.

Muchas veces, me preocupo por si quizás no está en casa por cosas anormales de las que yo, al estar dormida, no me he enterado. Hoy tuve un mal presentimiento, y por eso miré la habitación y levanté su almohada: debajo estaba su pijama, como siempre, y bien doblado, porque nunca falla su orden, y hoy tampoco. Miré hacia la silla, donde tiene la costumbre de dejar preparado su vestuario de trabajo todas las noches. ¡Todavía estaba en el asiento! Asustada por mis presentimientos, que tan solo contemplan tragedias, me levanté de un salto y empecé a llamarle.

— ¿Ferrán? Ferrán, cariño, ¿estás en casa?

Como no contestaba, mi instinto me llevó a buscarlo corriendo. Miré en la cocina: nadie; no olía a café. Avancé hacia el comedor: nadie; no había comprado el periódico, porque no estaba en la mesa. Pero… ¿qué? Encontré el teléfono descolgado. ¿Por qué iba Ferrán a dejarlo de esa manera? Es despistado… Quizás se había levantado tarde y se había marchado en pijama. ¡No, en pijama no puede ser, porque lo tiene debajo de su almohada! ¿Se ha marchado desnudo al trabajo? Tal vez no ha ido a trabajar y ha salido a comprar con su ropa de diario. Intenté tranquilizarme, pero los nervios me mataban, ya que solo podía pensar en que algo no iba bien. Era muy extraño.

No sabía qué hacer en estos casos. Un marido desaparecido. ¿Quizás quiso dejarme? ¡Por Dios, seguro que se había cansado de mí! Al fin y al cabo, soy demasiado rara. Siempre ando al acecho de cualquier movimiento infrecuente y me creo mis propias fantasías. Soy también muy descuidada, un tanto celosa, impuntual y chapucera. ¿Y si por la noche quiso llamar a la policía por algo anormal que hubiese sucedido y aquello, por alguna razón, le hizo desaparecer? ¿Y si los miembros de una secta carnívora lo habían elegido a él entre muchos para una ofrenda? Si así era, era normal que lo hubiesen escogido a él; es un bomboncito. O… ¡¿se ha largado con otra?! Busqué por toda la casa alguna notita, porque me parecía imposible que se hubiese marchado sin decirme adiós. A pesar de que no soy perfecta (y él tampoco, que eso hay que reconocerlo), nos queremos mucho. Él me quiere tal como soy, y yo a él también. No podemos estar el uno sin el otro; nos entendemos bastante bien y, físicamente, estamos muy enamorados. Por eso me extrañaba que me hubiese abandonado o se hubiese ido con otra y que, encima, no me hubiese escrito ni una notita. De modo que tan solo me encargué de

esperarlo en el sofá. Seguro que habría ido a comprar para que desayunásemos como reyes. Sí, hoy tendría el día libre. Solo eran las 9 de la mañana, y lo echaba de menos. Estaba muy preocupada, porque quizás no hubiese ido a comprar. Mientras lo esperaba, intentaba organizar el día, pero algo insólito me extrañó. No recordaba qué hice ayer. Sí, me acordaba del momento de despertarme por la mañana, pero en mi mente aquellas imágenes eran borrosas. Creo que me desperté antes que Ferrán y le preparé el desayuno. La noche anterior, había estado preparando un bizcocho. Sí, recuerdo qué ocurrió antes de ayer, pero apenas lo siguiente. Me duele la cabeza.

Pensé en llamarle al móvil, pero no quería ser pesada ni aparentar desconfianza. Encendí la televisión porque me aburría enormemente y ya hacía media hora que esperaba. Aun así, lo que daban en la televisión no me importaba mucho, y me desconcentraba mirando el reloj. "Tic, tac, tic, tac". Aquel ruido me ponía más nerviosa todavía y sonaba cada vez más fuerte pero más lento. Parecía que quisiera llamar la atención. ¿Cómo que van pasando los minutos y yo sigo aquí, esperando como una idiota, en vez de preocuparme e ir a por él? La televisión tan solo molestaba; un ruido pesado que estorbaba los latidos del tiempo. El reloj no se permitía ninguna pausa. Sin embargo, yo me tranquilicé demasiado. Apagué la tele, y entonces se oían con más fuerza los malditos pasos del reloj. Son las nueve y treinta y tres minutos. Me fui hacia la habitación para vestirme… Estoy vestida… ¡Que ya estaba vestida! Había dormido con ropa. ¡Qué raro! Entonces me fui hacia el baño para lavarme la cara y peinarme. ¡Uf, qué cara más blanca y qué ojeras tenía! No debía de haber dormido muy bien. Abro el grifo, y el agua empieza a caer y a resbalar hasta fluir por las tuberías. Espero a que salga un poco caliente, la toco y veo que está helada, de modo que espero más rato. Toco, y sigue congelada… ¡Sale vapor! Toco de nuevo. ¡Está congelada! ¡Qué extraño…! No importa. Me empapo las manos, las lleno de agua y me mojo con ellas la cara, incluidos los ojos… ¿Qué era eso? El agua estaba rojiza. No puede ser… ¡Sangre! Pero ¿de qué? Me miro en el espejo. ¡Me sale sangre de la nariz! Ahora sí que estaba asustada; anoche tenía que haber pasado algo, y no lo recuerdo. Y mi marido… ¿dónde estaría? Esperé a que se detuviese la hemorragia y me peiné un poco con los dedos mojados. No hay tiempo para maquillarse. Tan solo al salir de casa me pinto los labios con uno de los pintalabios que están en mi bolso; quizás el rojo disimularía la blancura de mi cara.

Salí del edificio. Hacía un sol impresionante, y, sin embargo, su calor no me alcanzaba, como si mi piel tuviera una fina capa transparente que desviase los rayos solares. A pesar de que no tenía calor, la gente que pasaba por mi lado se abanicaba. ¡Qué suerte la mía! Podría correr de un lado a otro sin preocuparme del insoportable calor. Era una pena que fuese nueva en este barrio y no conociese a nadie más que a la panadera, así que me fui hacia la panadería para preguntar si mi marido se había pasado hoy por allí. Pero al llegar, descubrí que estaba cerrada, y en un papelito ponía claramente que se debía a motivos personales. Me di

cuenta de que no solo a mí me estaban pasando cosas extrañas. Tendría que llamarla más tarde. Tenemos una buena amistad, y quería saber si estaba bien. Pero antes estaba mi marido, a quien no encontraba. Entonces sí que era hora de llamarlo al móvil. No es que quiera controlarlo, sino que quería saber si se encontraba bien y ¡dónde coño se había metido! Marqué su número, y la mano me temblaba. Empiezo a llamarlo. "Lo sentimos, el número al que usted está llamando se encuentra apagado o fuera de cobertura". Cuelgo de inmediato. Ya estaba la pesada de la operadora. Si tuviera coche, sabría si lo había cogido para irse lejos, pero como no… ¿Cómo sé yo si cogió el autobús? Caminé por todas las calles del barrio gritando su nombre, llamándolo desesperada, porque así quizás me oiría y saldría de donde se encontrara, entonces yo saltaría a sus brazos y me inventaría cualquier excusa para explicarle por qué estaba en la calle y, encima, chillando su nombre desesperadamente. Pero no fue así. Ni siquiera la gente se fijó en mí. Supongo que no querían acercarse a una loca como yo.

Entré en el supermercado más cercano, donde pasábamos horas cuando el calor del verano nos mataba. Se estaba siempre muy bien en los locales públicos, porque el aire acondicionado nos enfriaba la piel y nos ayudaba a volver a respirar aire fresco. También nos habíamos escondido varias veces en sus baños públicos. Aparte de la excitación que suponía saber que podíamos ser pillados, allí se estaba mejor que en casa, y es que nuestra habitación parecía una caldera, ya que le daba el sol por la ventana durante todo el día. Lo estuve buscando hasta dentro de los probadores. ¡No puede ser que no lo encontrara ni allí dentro! Le encanta comprarse ropa, pero hoy habría algo más importante para él que eso, e incluso que el trabajo. Entonces entré en los baños de hombre. Tan solo había un hombre, pero no era él. Miré en los de mujeres. Recorrí con la mirada la parte baja de las puertas por si reconocía sus zapatos, pero tan solo vi zapatos femeninos y, entre ellos, tacones suicidas. ¡Qué estúpida! ¿Y él qué iba a hacer en el baño de mujeres? Por fin algo que me hacía sonreír un poco. Al menos, reírme de mí misma me alejó un poco de mi desesperación, pero, desgraciadamente, no por mucho tiempo, porque seguía sin encontrarlo. «¡Oh, Ferrán!», pensé entonces, «te adoro; no quiero perderte. ¿Dónde estás?». Una lágrima de tristeza salió de mi ojo derecho. No sentía apenas como bajaba por mi mejilla; la piel que me protegía de los rayos del sol también me impedía percibir la suavidad de mi pelo, el aire caliente que inundaba la calle. Pero ¿qué me pasaba? ¿Por qué tanto misterio?

Al salir del supermercado, ya no sabía qué camino tomar ni dónde buscar. Creí, entonces, que quizás Ferrán estuviera ya en casa, de forma que regresé a ella. Me quedé de pie en la portería durante un rato. Levanté la cabeza y miré la ventana de mi piso. No había movimientos ni se percibía la luz de la tele. Pero deseé con todas mis fuerzas que cuando llamara al timbre, él contestara. Bajé la mirada hacia los timbres y tragué saliva. Respiré hondo y llamé al tercer piso, donde el hombre que amo contestaría, y con voz sensual yo diría: "Soy yo, amor". Entonces, ni siquiera subiría por el ascensor, pues la espera sería más larga. Daría

pasos enormes por la escalera para subir los escalones de tres en tres, y llegaría un poco asfixiada, pero él estaría en la puerta esperando. Entonces, le besaría con ternura y me aguantaría las lágrimas que, del susto, querrían salir. Pero no. Llamé dos veces, tres veces, cuatro…, y a la quinta, me hundí en mis propias lágrimas.
«¡Llámame!», pensé, «¿por qué no me llamas? ¡Acabaría toda esta pesadilla!». En ese instante, un brote de esperanza ahogó en el silencio mi llanto para que pudiese oír mejor el tono de un teléfono. Sonaba de arriba. ¡Era mi teléfono! El eco provenía de mi ventana. Cogí a toda prisa las llaves del bolso y noté que mis manos temblaban. Me costaba meter la pieza en la cerradura, pero al fin entró. Abrí la puerta con un empujón tan fuerte que esta retumbó contra la pared y la pintura saltó al recibir el impacto del pomo, pero no me importaba. Cuando me di cuenta, ya estaba subiendo las escaleras, de tres en tres, de cuatro en cuatro… La llamada ya llevaba tres toques, y puede que al cuarto dejaran de llamar. Mientras preparaba la otra llave, la que abriría la puerta del piso, el corazón, que yo apenas sentía, palpitaba exageradamente. Uno de los zapatos quería escaparse. Mis manos sudaban. Me detuve justo ante la puerta. Sí, es mi teléfono. Temblorosa, al segundo intento consigo abrirla. No cierro la puerta; no hay tiempo. Corro hacia el salón mientras el teléfono sigue sonando. Ya va por el quinto toque. Me doy contra la puerta que separa el pasillo de la entrada y el salón (como siempre), salto por encima de la mesilla y caigo justo en frente del aparato.

## Capítulo 2

Puedo volar el muro
si tu aliento está detrás de todo.

Llegué a tiempo. Cogí el teléfono y jadeando, pregunté: "¿Sí?". Pero el receptor permaneció callado. "¿Sí?", volví a preguntar, y entonces se oyó una voz femenina que reconocí enseguida, la de mi amiga Claudia:
—¿Hola?
—Sí, Claudia, estoy aquí. ¡Hola!
Pero no me oía:
—¿Hola? —volvió a preguntar.
De fondo oí la voz de su hermano Diego:
—¿Qué pasa? ¿Ya no está en casa?
A lo que ella respondió:
—No lo sé. Parece que han cogido el teléfono, pero no se oye nada.
—Sí, ¡estoy aquí! ¡Estoy aquí! —exclamé. Pero fue inútil.
—Entonces ya habrá salido —volvió a decir Diego.
—¡Claudia! —grité en un último intento de que me oyera, pero colgó.
De un golpe, dejé el auricular en su sitio. Me volví hacia la ventana y me apresuré a alcanzarla. Me asomé bruscamente y, con todas mis fuerzas, grité como nunca antes lo había hecho mirando al cielo:
—¡Aaaaaaaaaaaaaah! ¡Quiero despertar de esta pesadilla! —cerré los ojos fuertemente. Apreté los puños. Deseaba que todo aquello acabase.

Anhelaba que el despertador sonara y me despertara, y entonces abrir los ojos y encontrarme en mi cama; que el día volviese a empezar, que mi marido se hubiera puesto la ropa de trabajo, que se hubiera dejado la luz del váter encendida, que se hubiese preparado un café y que luego, cuando yo me levantase, el olor siguiera en la cocina. Pero al abrir los ojos, seguía en mi ventana. La pesadilla aún no había acabado.
Miré las vistas: un parque con niños que jugaban, las madres cotilleando en los bancos, una anciana con su perro, que se le parecía mucho… Un parque tranquilo. Si miraran hacia arriba, tan solo verían a una mujer volviéndose loca. Suspiré y me tranquilicé. Me propuse pensar que todo estaba bien. Quizás tan solo se trataba de paranoias mías. Y entonces, las campanadas de la iglesia del otro barrio empezaron a anunciar las 11 de la mañana. Se oían débilmente porque el sonido venía de lejos, pero muchas veces me comunicaba con él para saber qué hora era. Ya son las 11. Ya era casi mediodía, y toda la mañana había sido bastante diferente de las demás; más bien, nunca tuve un día tan inexplicable como este. ¿Qué podía hacer? ¿Esperar aquí hasta que viniera? Llamar por teléfono no tenía sentido, puesto que no funcionaba. Quizá no volvería nunca. «No, no más fantasías», me dije. «Ferrán volverá».
Me dirigí a la galería para coger el plumero, pues ya hacía falta limpiar el polvo de los muebles. Empecé a desempolvar el salón, quitar y colocar de nuevo los adornos. Ahora, por encima de los libros y las sillas. Después, apartar el polvo de los marcos de fotos. La foto de mi sobrina, la foto mía en Italia y la de mi boda. ¡Qué recuerdos! ¡Qué pasado más hermoso! Confiaba en que en el futuro ya no recordaría este día, a no ser que me hicieran una foto y me la envolvieran como regalo o, simplemente, la guardara en el álbum; o mejor aún, esperaba estar tan solo soñando. Decidí no barrer, porque entonces el polvo subiría y se pegaría de nuevo a los muebles. Me fui a la habitación. Hice la cama, abrí la ventana, cogí la alfombra y la desempolvé. El polvo se elevaba, y muchos de los ácaros volvían a entrar en la habitación, pero los demás se alejaban, y yo los perdía de vista al sumergirse en la luz del sol. Eso quería yo: desaparecer, esfumarme en el aire y ser libre, alcanzar el cielo y vivir como los pájaros, por encima de los problemas, los problemas que solo aguantan los seres humanos, que se los crean ellos mismos. Me di cuenta entonces de que me había quedado boquiabierta imaginando que volaba mientras miraba el cielo azul. Pero no era extraño en mí, pues siempre me quedo mirando hacia un lado mientras pienso e imagino. Cuando estaba en el colegio, me llamaban la atención constantemente, e incluso una profesora monja, cuando tan solo tenía siete años, me dio una bofetada en la cara mientras me gritaba: "¡Estás en la luna de Valencia!".
Después de dejar la alfombra en el suelo, cogí el plumero y empecé a limpiar la mesa, las estanterías con adornos y las acomodadoras. Al descubrir que los calzoncillos de mi marido estaban medio salidos del cajón, decidí ordenar los cajones. Pero cuando abrí el cajón de Ferrán, me di cuenta de que faltaban bastantes prendas. Antes de temerme lo peor, quise averiguar si el cesto de la ropa sucia estaba lleno. Tan solo había cuatro vestimentas, contando también las mías. Entonces ya sí que era el

momento de asustarme e ir corriendo al armario y comprobar lo que faltaba. Me quedé sin aliento. Lo que me temía: faltaba la mitad de su ropa, y también se había llevado la maleta de tamaño mediano. Me senté en la cama. Mi cuerpo estaba débil, y el corazón quería salírseme del pecho, pero con la mano izquierda lo aguantaba mientras con la otra me cerraba la boca, pues era esta una perfecta válvula de escape para mi tristeza. Ahogué cualquier gemido y frené los nervios.

No era capaz de entender por qué había huido sin mí, pero había algo que sí tenía claro: no volvería hoy, y quizás al cabo de una semana tampoco; y pensando lo peor, podía ser que nunca más regresara. Cargada de estrés, decidí acercarme al teléfono e intentar llamar a mi pueblo natal, donde seguramente sabrían algo de Ferrán, ya que era probable que se hubiese ido allí. Marqué los dígitos del número de teléfono de mi madre; ella podría animarme y tranquilizarme, y esperaba que también pudiera anunciarme algo sobre él. Después de esperar unos segundos a que contestaran, creí que ya no lo cogerían, pero, por suerte, oí la voz de mi madre. Mas algo agredió mi alma, y es que el tono de su voz era impropio de ella. Parecía triste. Mostraba dolor.

¿Quién? —preguntó ella.

Hola, mamá. Soy yo, Carina.

Pero no hubo respuesta. El teléfono fallaba de nuevo.

¿Quién es yaya? —era mi sobrina.

—No lo sé, Dora. Parece que es el teléfono de casa de tu tía, pero no dicen nada al otro lado del aparato— se notaba que quería ocultarle a la niña su tristeza.

- ¿De casa de mi hermana dices, mamá? —oí entonces a Judit, mi única hermana.

- Sí, hija. ¿Quién puede ser si no hay nadie allí? El tren salía temprano, ¿verdad?

- No lo sé. ¡Dame el auricular, que esto lo aclaro yo! —Judit siempre con su carácter impaciente.

Pero su voz también expresaba abatimiento.

- ¿Hola? ¿Hay alguien ahí? ¿Se puede saber qué haces en casa de mi hermana?

- ¡Judit, soy Carina! ¡Ca-ri-naaa! —pero no me oía—. ¡Maldito aparato! —lo golpeé contra la pared.

- ¡Mamá! —gritó entonces Judit—. ¡Se ha oído un golpe muy fuerte desde su teléfono!

Al oír esa frase, cogí el aparato y colgué la llamada de inmediato. ¡Era mi voz! ¡Era a mí a quien no oían!

Un escalofrío retumbaba de abajo arriba dentro de mi cuerpo y ventilaba mis pulmones excesivamente. El corazón me dolía, y caí al suelo. No tenía fuerzas para levantarme; tan solo podía llorar. Me desahogué a patadas y puñetazos contra el suelo. Un ataque de nervios se había apoderado de mí, y ya no era consciente de lo que hacía, de lo que lamentaba ni de lo que maldecía. Con un impulso de rabia, salté y me tiré contra el sofá. Mandé al suelo sus cojines y su funda mientras gritaba frenéticamente: "¡Ferrán, idiota! ¡Me has dejado aquí sola! ¡Quiero que vuelvas y me

expliques qué me está pasando! ¿Por qué te has ido a Alicante? ¡¿Por qué me dejas sola?!”.

Corrí hacia la habitación y me golpeé sin querer con el marco de la puerta entre los dedos del pie, con lo cual el dolor fue insoportable y tuve que acostarme en la cama para calmarlo con las manos. Gracias al golpazo, volví en mí. Me quedé extendida en la cama y agotada, con los ojos cerrados. La respiración y los latidos del corazón volvían progresivamente a la normalidad, y la sangre de la nariz dejaba huella en mi cara conforme bajaba hacia las sábanas, donde se retenía en una arruga de la manta.

Permanecí en silencio un buen rato, sin pensar en nada. Con la mente en blanco, intenté dormir un rato, pero no lo conseguía. Abrí los ojos y descubrí la mancha roja. Me toqué la nariz, y no me dolía nada; de nuevo, me había salido sangre sin ningún motivo. Comencé a pensar y a recordar para aclarar un poco las ideas. Cuando me había despertado, Ferrán ya no estaba en casa. Se había ido a Alicante. Una de las cosas que no eran normales era que se hubiese marchado sin ningún motivo y sin avisar; había dejado el trabajo a lo loco, y lo peor de todo era que no había pensado en mí. ¡Ah, y mi familia creía que yo viajaba con él! También eran increíbles, inexplicables y distintos a los vividos hasta entonces los cambios que yo estaba experimentando. No había otro razonamiento posible: estaba soñando. Pero ¿cómo despertar de aquella pesadilla? Recordé que siempre que despertaba de un mal sueño lo hacía justo en el momento en el que iba a morir o cuando estaba a punto de descubrir algo, como si estuviera todo calculado, porque justo en el momento que vas a morir suena también la alarma del móvil con la cancioncita de Mozart, que me ha levantado siempre de un susto. Me levanté de la cama, fui al baño y me lavé la cara. Me peiné, pues tenía el pelo encrespado por la rabieta de antes. Me pinté los labios de un rojo vivo y me alargué las pestañas. Seguían intactas las ojeras y la blancura de mi piel, por lo que me puse sombras en los ojos y coloretes en las mejillas. Si no estaba soñando, no era cuestión de estar impresentable, aunque, a decir verdad, si decidí hacer aquella locura fue porque estaba completamente segura de estar dentro de una pesadilla y porque lo que pretendía era salir y volver a la vida real. Además, la única manera de descubrir si estaba soñando o no era aquella.

Cogí la Biblia e intenté rezar un padrenuestro mientras me acercaba al salón. Tartamudeaba, y las letras se desenfocaban constantemente, pero, al fin, con la mano en el pecho, acabé con un amén, levanté una pierna agarrándome al marco de la ventana y alcé la otra, de modo que me quedé de cuclillas de cara al precipicio. Estaba nerviosa y tenía miedo, pero más desconfianza me daba permanecer más tiempo en aquella pesadilla. Tenía la Biblia apretada en mi escote; la fe y la valentía, en mi corazón. Suspiré y anhelé aterrizar en mi cama al lado de mi marido. Miré el cielo. Sonaban las campanadas. Con la primera de ellas, me resbaló un pie, pues los dos estaban sudando y mis manos se escurrían. Quise esperar hasta la duodécima campanada, pero a la novena, el pie que me mantenía allí se precipitó, y la gravedad me impulsó hacia abajo. Cerré los

ojos. Los pájaros volaban, las ondas de las campanadas se expandían por encima de los problemas, y yo… Yo descendía.

## Capítulo 3

Cuando el mundo está llorando
 no te mezcles con sus gotas
si estas pesan y te ahogan.

Caía desde un tercer piso, y mi cabeza miraba hacia el suelo, que quizás iba a matarme cuando chocase bruscamente contra él, pero confiaba entonces en que tan solo estaba en una pesadilla y despertaría en cualquier momento, como siempre sucede en todos los sueños. Coloqué al frente la mano que no sujetaba la Biblia, como si pudiera parar la caída. Abrí los ojos. Cada vez estaba más cerca del suelo, cada vez menos segundos, y no despertaba. Creí entonces morir cuando mi mano se separaba de la acera a unos pocos centímetros. Cerré los ojos y deseé lo más rápido posible encontrarme sana y salva y, si era posible, ¡volar!

Mi mano no me paró. Rozó el suelo, y noté que no había llegado a caer; mi cuerpo rozó la acera, pero avanzó hacia adelante y se elevó. Me alzaba: mi cuerpo se alejaba del pavimento. Abrí los ojos y vi que iba a estamparme directamente con el edificio del frente, de manera que los cerré de nuevo debido al susto, pero no choqué. Mi cuerpo parecía menos denso que el aire y sus humedades. Me había alzado más todavía y pude ver Figueras desde lo alto. Contemplé la bola de cristal de Dalí y cómo brillaba con la luz del sol; las calles viejas y gastadas; los hermosos edificios modernistas, que contrastaban con los pisos más actuales y construidos sin una gran imaginación; casas con pequeños jardines; plazas pequeñas, la rambla y sus plataneros; el instituto más viejo de España; turistas con sus mapas buscando el Museo Dalí mientras otros ya lo admiraban y fotografiaban. Una ciudad tranquila. Y yo… ¿Y yo qué hacía flotando en el aire por encima de Figueras?

Intenté girar hacia mi casa, pretendiendo entrar de nuevo por la ventana. Pero no podía controlar la dirección de mi cuerpo, que se desplazaba involuntariamente.

—Che, va. ¡Che! ¡Que quiero estar con Ferrán! —grité impulsándome hacia delante.

Entonces, la velocidad empezó a aumentar. Mi cuerpo no pesaba y se aceleraba cada vez más y más, hasta el punto de alcanzar la velocidad de la luz. Tan solo podía ver energía transformada en luminosidad y figuras extrañas que veían modificados su forma y su color. La presión me producía una fuerte tensión en el pecho, y los ojos se me cegaban, así que los cerré. Aquello duró unos pocos segundos.

Era tal la impresión que mi cuerpo se tiró hacia adelante con los brazos dando bandazos en el aire intentando frenar, y en aquel momento choqué con la cabeza en el sillón del frente y de inmediato desperté. Estaba mareada. Con los ojos entrecerrados, puse las manos en el sillón donde se

apoyaba mi cabeza para tocarlo. Parecía suave, pero, al no reconocerlo, me asusté y me fui hacia atrás dándome con el respaldo de mi asiento. Mi visión era borrosa, y respiraba excesivamente. Cuando mis ojos se despejaron, me hallé en un tren. Estaba vacío. Me encontraba solamente yo. Miré el exterior por mi ventana y, al serme familiar, reconocí enseguida la estación de Alicante. Se veía gente con maletas que salía de los otros vagones del tren. Me pegué bien al cristal para distinguir perfectamente a cada persona que pasara ante mis ojos. Todos me eran desconocidos. En un momento determinado, intuitivamente me sentí observada, y, al oír una respiración a mi lado, me inquieté y me di la vuelta.

"La mare que em va parir!", me dije en silencio. Era un individuo que había aparecido de la nada sentado en los sillones de al lado. Tenía ojos grandes y verdes, con unas pestañas largas, y sus cejas eran claras y perfectas. Su nariz, alargada pero recta, perfeccionaba sus labios finos de boca pequeña. Al sonreír, esta se alargaba como la luna en cuarto creciente, pues entonces se veía grande y curiosa, además de mostrar unos dientes blancos. Su mentón, largo y estrecho, sobresalía de su rostro triangular. Me miraba fijamente y me sonreía amistosamente, como si nos conociéramos. Sus piernas cruzadas y su cuerpo inclinado hacia mí daban a entender que esperaba a que yo rompiera el hielo mientras él no hacía más que sonreír. En aquel momento, me vinieron el recuerdo y el temor del suceso en el teléfono, cuando mi voz no se oía. Me sentía incómoda y no sabía si decir palabra o no, ni qué comentar, ni cómo actuar, pero era tanta la confianza reflejada en su mirada que, en vez de saludar o preguntarle directamente quién era y qué quería, le pregunté claramente y con cara de mosqueada:

—¿Usted me conoce?

Lo que le hizo echarse hacia atrás, ya que no se esperaba esa pregunta. Como tardaba en contestar, me preocupé por si mi voz había entrado por sus oídos y él la había percibido. Sus rectas cejas se levantaron, y emitió una gran carcajada antes de contestar.

—Se puede decir que sí.

—¡¿Entonces ha oído mi voz?! —exclamé sorprendida, sin atender a su respuesta.

—Sí, y permítame decirle que tiene una voz muy agradable —aquellas palabras me intimidaron bastante, y continuó elogiando—. Por suerte, no solo yo puedo disfrutar de ella.

—¡Oh! Sí, gracias… No, si ya sabía yo que mi voz vibraba en el viento…, pero es que me están pasando cosas muy extrañas.

—Sí, la entiendo perfectamente.

—¿Que me entiende? ¿Y de qué me conoce usted?

—Por las tragedias que ocurren en la vida.

—¿De qué me está hablando? ¡Está loco! Si no sabe qué hago aquí… Váyase y déjeme en paz con mis anormalidades.

—¿Está segura de que quiere que la deje? ¿Sola en estos momentos en los que no sabe si su vida es real o no? ¿Sola ahora que empieza a creer que está iniciando la locura?

Mis ojos se abrieron y brillaron, pues quizás este desconocido no me mentía y sabía perfectamente lo que me sucedía.

—No, no se vaya. ¿Qué sabe usted de mí?

—Lo siento, no seré yo quien le revele la realidad. Eso debe hacerlo usted misma. Estoy aquí para ayudarla a superarlo y para que no se pierda en su fin.

—No, en serio, déjese de bobadas y dígame: ¿quién es usted?

—Cuando entienda que lo que digo no son majaderías, sabrá por qué estoy aquí.

—Bueno, pero, al menos, dígame su nombre, por favor.

—Me llamo Yeray Ribeiro; y usted, Carina Celaya. No me equivoco, ¿verdad?

—No, es cierto. Así me llamo.

Sabía mi nombre y mi apellido.

—Pues no recuerdo haberlo conocido —le confesé.

—No, no nos conocíamos hasta ahora —dijo con toda la naturalidad del mundo.

—Pero, entonces, ¿cómo sabe mi nombre?

Yeray miró hacia el exterior a través de la ventana que tenía a mis espaldas y dijo lo que tanto quería oír:

—¡Mire! ¿No es ese Ferrán?

Me volteé inmediatamente, me acerqué a la ventana y miré hacia todos los lados. Pero su cara no aparecía.

—¿Dónde? ¿Dónde está? No lo veo.

Y cuando me volví para pedirle que me indicase dónde lo había visto exactamente, ya no estaba. Había desaparecido en tan solo unos segundos. Lo busqué por todos los asientos, pero Yeray se había esfumado. ¿Cómo? Ni idea, pero, al parecer, igual de sorprendentes eran sus entradas que sus salidas. Me quedé entonces sentada un buen rato, recordando el rostro de Yeray. Era bastante atractivo, y en él se hallaba un inmenso misterio, cosa que me recordó a mí. ¿Sería mentira? ¿Habría visto a Ferrán o aquello era solo una táctica suya para despistarme y huir de mí? Me preocupé también por si lo volvería a ver.

Miré al suelo. Un papel despertó mi curiosidad. Lo cogí. Era un papel celeste y decía así: “Cuando me necesite, ya estaré a su lado. ¿No quería encontrar a Ferrán? Llegó a él; ahora no lo pierda. Yeray”.

“Si lo necesito, lo volveré a ver”, suspiré con alivio. Y me sentí más segura, pues ya no estaba sola.

Ahora debía ir en busca de Ferrán. No hacía mucho que los viajantes del tren estaban saliendo con sus equipajes, de modo que quizás todavía estuviera por la estación. Cuando estaba acercando el dedo para pulsar el botón de la puerta automática, esta se abrió sola, y me encontré con un pasajero que quería entrar. Agarró la maleta del suelo y, antes de que él pudiera dar el primer paso, salté por su izquierda y pisé el suelo. Llegaban más viajeros. Ahora solo faltaba salir por el paso del control de equipaje, y entonces no pude creer lo que veían mis ojos: al otro lado estaba la persona que tanto había deseado encontrar, Ferrán. Destacaba entre todas las demás personas porque, por accidente, iba arrastrando por el

suelo un rollo de papel higiénico ya casi gastado que llevaba enganchado a su trasero. ¿Cómo puede ser tan despistado? Este hombre va a la mar y no encuentra el agua. Salía de los servicios y, gracias al tiempo que había estado empleando en sus asuntos, lo pude encontrar todavía en la estación. Quería ir al otro lado, así que corrí para llegar, pero no podía hacerlo. Las personas que pasaban las maletas por el control me cortaban el paso. Mientras tanto, Ferrán atravesaba la puerta del exterior cuando una mujer pisó el rollo de papel; con el paso que dio adelante, se desprendió de su perfecto trasero, que se encontraba oculto bajo unos pantalones oscuros ennegrecidos, aquellos que había planchado tantas veces porque quería que vistiera perfectamente cuando la muerte de mi tía María. Pero, en este caso, las estrambóticas arrugas no habían sido alisadas. ¿Dónde estaría yo? Ferrán se marchaba, y lo perdería de nuevo si no salía de ahí lo antes posible. Lo llamé, pero no me oyó, ya que tenía puestos los auriculares. Le hice señas por si miraba hacia donde me encontraba: "¡Estoy aquí! ¡Aquí!". No había manera, así que decidí dejar la cortesía a un lado y pasar al otro lado, molestara o no a los pasajeros. Me entremetí y tuve que empujar a un señor de pelo blanco, que no se dio cuenta de que había sido yo y empezó a discutir con la persona que había tras él.

—¡Lo siento! —me disculpé mientras corría hacia la salida— ¡Ferrán! —grité con todas mis fuerzas, la cara hacia delante y las manos en la boca para que se oyera mejor mi voz— ¡Ferrán!

Chillar era lo único que me quedaba, pues ni volando lo alcanzaría. Subió a un taxi y este se alejó.

—¡Ferrán! ¡No te vayas! Ferrán —gemía entre lloros. Las lágrimas no me dejaban ver, y estaba desesperada, arrodillada en el suelo, sollozando. Al fin lo había encontrado y de nuevo lo perdía. «Quien quiera pisarme, acuchillarme o atropellarme, que lo haga, y le daré las gracias», pensé. Y apenas me había secado los ojos de las lágrimas que no me dejaban ver claramente cuando oí un timbre, una bicicleta que se iba acercando. Miré a mi izquierda, acabé de enjugarme los ojos y vi a un niño blanco, muy pálido, con los ojos tristes y encima de una bicicleta amarilla y raspada a la que le faltaba una rueda. La que le quedaba estaba deshinchada, sus frenos estaban cortados a consciencia, y el triciclo sobrevolaba la acera como a un metro de distancia del suelo. Nadie se impresionaba al ver al niño volando con su bicicleta, ni siquiera parecían verlo. Sin embargo, yo me sobresalté. No podía creer lo que estaba viendo: parecía un fantasma, un espíritu que tan solo veía yo. Me levanté aterrorizada, y entonces el niño cambió su mirada inexpresiva, levantó las cejas, abrió la boca, tensó los labios, se mordió la lengua e intentó frenar, pero yo me había levantado, cosa que no se esperaba, de manera que chocó conmigo y me dejó inconsciente.

—¿En qué estabas pensando? ¿No ves que es una de nosotros? —regañó Yeray al chaval.

—Lo siento, de verdad. No la reconocí al principio, y luego quise parar, pero no pude. ¡Ella se levantó! No me acuses a mí —decía el niño con lágrimas y moquillos en el rostro.

—Cuando despierte la chica, quiero que estés tú aquí y te disculpes.
—Sí, señor.
Y continuó llorando, sentado y apartado, tocándose los arañazos, pues, al chocar, él también había sufrido el trompazo al caerse al suelo y rasparse las rodillas.

Mientras tanto, yo me encontraba en el suelo desmayada. Yeray tenía mi cabeza en sus piernas e intentaba despertarme con leves manotazos en la cara. Luego, al ver que no mejoraba, dejó con cuidado mi cabeza en el suelo, se levantó y me cogió las piernas elevándolas. La nariz me sangraba de nuevo.

Me hallaba en un enorme prado verde. En lo que alcanzaba mi vista, no había una gran variedad de vegetales, tan solo flores de todos los colores y un ciprés gigante de cuya sombra disfrutaba. El suspiro del verano, las mariposas revoloteando por el aire caluroso, las moscas decididas a ser cansinas, un cielo azul sin ninguna nube que amenazara lluvia… Un día espléndido. Estaba descalza y llevaba un ligero vestido blanco sin mangas que llegaba hasta mis talones. El pelo suelto y el anillo de mi boda.
El ciprés de cuya sombra yo disfrutaba poseía un tronco recto; sus hojas eran pequeñas, y su altura, inconmensurable. Entonces, se empezó a crear un camino estrecho bajo mis pies, de tierra seca y piedras pequeñas. Conforme avanzaba, el camino se iba formando delante de mí. Pero la sombra del ciprés me seguía, y siempre me encontraba en su centro. Caminé entonces bastantes metros clavándome las piedras en los pies descalzos, pero me sentía bien y, gracias a aquella sombra, el sol no me quemaba. Sin embargo, en uno de los pasos, la sombra no adelantó; di otro más y me quedé en un lado, fuera del núcleo, y de repente, los pájaros del ciprés dejaron de cantar y emprendieron el vuelo espantados. La sombra producía mucho frío y también escalofrío, pues todo lo que se encontraba en su alrededor, todo lo que estuviera dentro de la sombra del ciprés, las hierbas verdes, las hermosas flores e incluso las moscas, se secaban y morían. Y no solo sucumbía su alrededor, sino que también poco a poco el árbol empezó a quedarse sin hojas, pues caían como pájaros disparados; y el color de su tronco, amarillo agrisado, se oscureció y agrietó. Di un paso más, y esta vez el camino no se alargó más. Con un estruendo, el gran árbol cayó a un lado y produjo un ruido espantoso que retumbó por todo el hermoso campo. De inmediato, en el cielo, se acercaron nubes negras que taparon el sol; todo el prado se murió, y mi vestido blanco ahora era negro. Todo el valle se había oscurecido, pero se oían cuervos que volaban en círculos. El suspiro de verano era ahora un aliento fúnebre y frío. Empecé entonces a correr buscando vida, color y luz. Pero estallaron las nubes espesas y oscuras y se inició una lluvia, cuyas gotas eran gruesas y muy pesadas. Seguí huyendo de la oscuridad, me arranqué el vestido para poder moverme mejor y vi, a lo lejos, una luz suave que se acercaba a mí al mismo tiempo que yo me acercaba a ella. Reconocí después que era Yeray con una lámpara de aceite y que extendía su mano. Lo alcancé y me agarré a él. La lluvia se calmó entonces. Me

sonrió y dijo:
—Es hora de partir.
—¿Partir? No, ¡tengo que volver!
—Despierte, por favor. Despierte, Carina.
Y entonces desperté. Abrí mis ojos y allí estaba él, Yeray, con una mano en mi frente y la otra en mi pecho, dándome golpes y pidiéndome con voz impaciente que despertara. Me sentí aliviada. Tan solo era un sueño.
—¿Esto es real, verdad? —le pregunté al sentarme.
—¿El qué?
—Sí, lo que estoy pasando, todo esto. No estoy en un sueño, es real. Estaba en Figueras y ahora estoy en Alicante. Por muy anormal que me parezca, esto es real.
—Sí, Carina, y me alegro de que lo entienda y se lo tome con calma.
—¿Con calma? No, ¡no, Yeray! —me levanté aún un poco desvanecida por el golpe— ¿Cómo voy a estar calmada? No puedo estar tranquila, estoy desesperada y… y no sé qué me pasa ni qué hago aquí. No dejo de buscar a Ferrán y te encuentro a ti, que dices que lo sabes todo pero que no puedes decirme nada y sales en mi sueño espantoso. ¡Ah! Y no solo eso: tengo extrañas alucinaciones. ¡Un niño subido en una bicicleta que vuela me atropella! ¡Un niño fantasma!
—Perdóneme, señorita —oí detrás de mí. Parecía la voz de un crío—. No quería hacerle daño.
Me volví. Era el pequeño que me había atropellado con su bicicleta. Sus ojos expresaban culpabilidad.
—¡Oh! No es tu culpa, guapo. Yo asumí el error, de verdad, debí apartarme, pero es que estaba teniendo una alucinación. Verás, estabas tú volan…
—No es culpa de nadie —dijo Yeray quitándome la palabra mientras miraba el suelo avergonzado—. Más bien es mía; tendría que haber estado para socorrerla.
—Venga ya, Yeray. No puedes estar en todos los sitios. Dime, pequeño, ¿cuántos años tienes? —le pregunté cogiéndole de la mano y agachándome para ver bien su dulce cara.
—Ocho.
—¡Qué angelito! Y ¿cómo te llamas?
—Daniel.
—¿Te has hecho daño? —le pregunté señalándole las rodillas.
—Sí, al caerme. Pero no pasa nada.
—Ya lo sé, Daniel. Dentro de unos días ya no quedará ni la marca; ya lo verás.
Y acaricié su pelo suave, castaño y liso.
—¿Dentro de unos días? No, mire, ahora mismo si quiere… Me los dejé para que sintiera compasión por mí cuando despertara.
Y no podía creer lo que veía: sus arañazos se cerraron en unos pocos segundos, y su piel quedó tan lisa como el culito de un bebé. Toqué varias veces sus rodillas. Estaba embobada. ¡Quizás fuera verdad! No eran

alucinaciones y… ¡era un fantasma o algo parecido!

#Para leer más podéis comprar mi libro en Amazon, o leer mis relatos cortos publicados en mi perfil. Muchas gracias por tu leer. #